

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pes
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

EL 18 DE MARZO

París

Versalles

Este dualismo que en lo humano viene representando, desde los remotísimos tiempos de su origen, la lucha del bien o el mal, quedó simbolizado en el gran movimiento del 18 de marzo de 1871 por esos dos nombres: PARÍS VERSALLES.

A un lado aquellos bravos trabajadores que tras la decadencia, la derrota y la vergüenza del Imperio, se levantan para resistir a la invasión devastadora de la fuerza y proclaman la *Commune*, ofreciendo con ella el ramo de olivo a todos los desheredados del mundo.—PARÍS.

A otro lado los burgueses, tropa de escépticos y prostitutas, con el bagaje de sus instituciones autoritarias, con la capitalidad del Estado, cual banda de foragidos que, viéndose en peligro, se refugia en mejor asilo donde poder dedicarse a la tarea de vejar y atropellar a los pacíficos viandantes.—VERSALLES.

Los unos, considerando el trabajo como una necesidad absoluta de la sociedad humana, libre en su esencia y obligatorio para todo consumidor en la plenitud de sus facultades, lanzaron esta fórmula revolucionaria: "la tierra al agricultor, el medio de producir al obrero, el trabajo para todos."

Los otros, viendo al siervo elevarse a la dignidad de hombre libre, y por tanto, en peligro de emanciparse de la servidumbre del jornal, pactan con el vencedor prusiano, y éste, recientemente aclamado emperador, da libertad a los ejércitos prisioneros de la república francesa para que sometan a la ciudad revolucionaria y quede triunfante el privilegio.

La lucha fué tremenda, sin ejemplo en la historia, porque se vieron frente a frente las dos banderas más opuestas; no ofrecen punto de comparación las guerras religiosas, porque el fanatismo de los sectarios podía verse atenuado por la reflexión de algunos racionalistas; ni las de raza, porque ante el furor de los invasores triunfantes siempre se dió el caso de manifestarse, aunque aislados, sentimientos humanitarios y altruistas; ni las de predominio de una nación sobre otra, porque al fin los apasionamientos patrióticos cedían a la acción del tiempo. En la guerra social desde entonces entablada y de la cual la semana sangrienta es un episodio inicial, no hay tregua por parte del beligerante vencedor; porque el burgués hace oro de la sangre y del sudor del obrero en el taller, en la fábrica, en la mina, en el campo, y donde quiera que es necesario emplear jornaleros a la producción.

Los que murieron heroicamente en las barricadas, los que fueron sacrificados por los pelotones de ejecución, los que se vieron forzados a cavar la fosa en que habían de enterrarse después de fusilados, los que cayeron

ante las ametralladoras que mataban al por mayor en Satory, los que fueron remitidos a Nueva Caledonia por los Consejos de guerra, son los sucesores de los parias, de los ilotas, de los esclavos y de los siervos de todas las épocas históricas anteriores, que clamaron contra los crímenes del privilegio; eran nuestros hermanos, ya que como nosotros vinieron sujetos a la explotación capitalista y a la tiranía autoritaria, y son los precursores de los que, aunque sujetos todavía a la cadena de la producción esclava, levantan en todo el mundo civilizado la bandera de la Anarquía y preparan la Revolución Social.

Los que insultaron a los infelices trabajadores vencidos cuando eran conducidos entre bayonetas, los que tuvieron la ímpia satisfacción de manchar sus manos en los charcos de sangre obrera, los que felicitaron a Thiers, los que pidieron el "exterminio de los lobos, las lobas y los lobeznos", los que desde las alturas del poder en todas las naciones se negaron a conceder asilo a los fugitivos, esos son dignos descendientes de las castas privilegiadas y de aquellos ciudadanos de la antigüedad que vivían ociosos a costa del trabajo de sus esclavos; de aquellos señores feudales que tenían siervos para el trabajo y siervas para sus infames concupiscencias; esos son esos burgueses que por el monopolio de los medios de producir nos esclavizan y por el del capital nos roban; esos son los que caerán de la injustificada jerarquía que ocupan para ser regenerada por la igualdad social o perecer víctimas de sus crímenes el día de las grandes reivindicaciones.

Como sin causa no hay efecto, los anarquistas, los enemigos de todas las *cracias*, incluso la *democracia*, esos son los únicos que van a la realización de la justicia sobre la tierra; nosotros, pues, somos los únicos continuadores de la obra de los *trabajadores parisienses*.

Como que sosteniendo la causa se sostiene el efecto, y la causa del mal estriba exclusivamente en la defensa del Estado, todos los partidos políticos, cualquiera que sea su programa y la forma de gobierno a que aspiren, todos, monárquicos, republicanos y socialistas, los que por la fuerza o por la elección se dirigen a conquistar el poder, todos sin distinción son versalleses.

Hoy hace años que el grito de ¡Viva la *Commune!* asombró al mundo aterrorizando a la burguesía y ofreciendo los consuelos de la esperanza a los míseros desheredados.

Al conmemorar el aniversario de la *Commune* de París, sigamos el ejemplo que nos legaron los trabajadores parisienses y trabajemos sin descanso hasta la realización completa de sus ideales.

Frente a la situación política

Nosotros, aunque seamos antipolíticos y antiparlamentarios, no podemos callar en estos momentos los pensamientos que revolotean en nuestra mente sobre la actual situación política de España después de las elecciones de diputados efectuadas el día 8 del corriente.

Nos sabemos de memoria todos los epítetos insultantes que los señores que viven de la política y de la cosa pública lanzarán contra nosotros, pero como pensamos hacer oídos de mercader a todo lo que puedan decir los cínicos que forman en los partidos republicanos, diremos todo lo que pensamos sobre el particular.

La unión de los individuos sin pudor que se llaman Lerroux y Corominas y las elecciones efectuadas prueban que lo que nosotros hemos sostenido en un lapso de tiempo de diez años, esto es, que la generalidad de los caudillos políticos están vendidos a la monarquía, porque no se explica la actitud que aquéllos observan frente al Estado, y esa actitud no es producida por un cambio de frente, sino que es la misma que han observado durante toda su vida política. Las concomitancias de todos los elementos republicanos con la monarquía siempre han estado a la orden del día, y tantas han sido esas que todos los movimientos revolucio-

narios han sido traicionados y vendidos, entregando los revolucionarios a las iras del gobierno para que fueran ajusticiados.

No otra labor ha sido la hecha por todos los políticos.

Aportemos hechos.

Desde la restauración ha habido una cantidad enorme de hechos, tantos, que precisaríamos escribir todo un libro para relatarlos. Por tanto, nos conformaremos con citar simplemente aquellos más recientes.

No citaremos ni la traición hecha por Pablo Iglesias a la huelga general de 1902, ni las infamias que han cometido los demás caudillos en otros movimientos de carácter político efectuados para hacer juegos de bolsa en beneficio de aquéllos, sino que empezaremos por la *semana roja* de 1909.

En 1909 no sólo se delató a Ferrer sino que se traicionó aquel movimiento lo mismo en Madrid que en Barcelona, pues los caudillos políticos, en vez de ponerse al frente del pueblo, procuraron escaparse hacia la frontera para que aquél no se viera en la obligación de tener que ajusticiar a sus propios jefes. Tras éste, nos encontramos con el movimiento de Cullera en septiembre de 1911, y los llamados partidos populares venden a aquél, entregándose en los brazos de la monarquía, probando una vez más que el régimen actual estaba asegurado, aunque esto haya costado la liber-

primordial simpatía y que debe cimentarse en la razón más que en el sentimiento.

¿Debe buscarse la unión sexual para satisfacer solo un deseo vano? De ningún modo, si se aspira a encontrar una compañera de ideas que no se ajuste precisamente a la mentalidad del hombre, sino que sea capaz de llegar a no respetar los convencionalismos sociales para poder obrar en todos los actos de la vida con libre criterio. No se puede seguir la comedia del sentimiento cuando se ha llegado a la plenitud de la razón, porque ésta dice que sólo es perdurable la idea que lucha desinteresadamente por indagar la verdad, que sólo por ella se progresa y se mejora la vida. Por tanto, los sentimientos, tan complejos, tan infinitos, tan variables, no pueden ser, por lo que tienen de atávicos, la norma de una conducta firme, sino que deben ser sometidos a una severa crítica que les encauce a un perfecto equilibrio.

No se debe claudicar, siguiendo a los réprobos que olvidan las ideas para entregarse a las bajas pasiones, conformarse a todas las imposiciones, y medrar en un grosero positivismo. Los que tal hacen son detestables, porque son hipócritas y la hipocresía no puede arraigar en los temperamentos francos. Tan detestable es la conducta de los que traicionan al ideal, como sublime es la de los que habiendo vivido en el error, se sienten con arreos para salirse de él y gritar la liberación de su inteligencia. La satisfacción más grata, la más pura, la más interna, la proporciona la rectitud de conciencia y quien siente profundamente el proselitismo no puede obrar en desacuerdo con las ideas que le informan. ¿Qué autoridad moral, qué fuerza de convencimiento tendrán las palabras que no se ajustan a las acciones... Es preciso dar ejemplo a los débiles, a los cobardes que temen, no sólo las leyes que castigan, sino también el juicio de las gentes ignaras. La sociedad se petrifica en sus barbaries, porque hay muy pocos íntegros que prácticamente las combatan. Para resistir fuerzas al dolor, para mantener la belleza del ideal humano hay que acrecentar siempre la potencia intelectual por la que la humanidad se hace cada vez más libre. Jamás se sentirá humillado en su conciencia quien no se resigna a obedecer los absurdos dominantes; y la mujer que llegue a conocerlos, comprenderá también el amor libre y adquirirá la certidumbre de que estando los goces intelectuales muy por encima de los placeres físicos y dependiendo éstos de aquellos, nunca el sensualismo, la ciega pasión tendrá fuerza suficiente para ilusionar y arrastrar a la renuncia del pensamiento, a la abdicación de la voluntad, a quien los ejercita conscientemente. Vencida la falsa piedad a los excesos sentimentales no queda más que la razón de un perfecto acuerdo, en el que se pide a la mujer el sacrificio de sus preocupaciones familiares, religiosas y sociales, ofreciéndoles en cambio la iniciación de una vida libre en la que podrá gozar de un amor sincero y de las íntimas y placenteras satisfacciones que su propia inteligencia y su energía, volitiva la proporcionen en la libre colaboración del ideal, y, si así lo sienten, sabrá sobreponerse a todo temor y adquirirá la acometividad necesaria a la lucha por su omnimoda emancipación.

El amor libre difiere en absoluto de la vulgaridad matrimonial y constituye una aspiración renovadora en el sentido de la libertad, cuyo término más próximo de comprensión es el desprecio de las costumbres rutinarias en cuanto se refieren a intransigencia moral y a tiranía sistemática.

En resumen, para satisfacer el placer físico no hace falta más que atracción sexual y deseo copulativo, pero si se aspira a una unión perdurable se han de crear lazos inteligentes que pongan en concordancia cada vez más perfectible las ideas y los sentimientos de los amantes. Así solamente puede crearse una amistad expansiva, que no se sujetará a los caprichos efímeros del orgasmo venereo, si no da antes la grata sensación de la compañía, la vibración optimista de que la triste soledad no puede torturar a los amantes mientras en ellos exista esa chispa cerebral que remueva el pensamiento y afirma la comprensión de una armonía racionalista.

M. COSTA-ISCAR
 (Véase el número anterior.)

Seguirá *La sinceridad del hombre emancipado.*

Nosotros los iconoclastas

Destruir ídolos, sembrar desconfianzas, desprestigiar instituciones y hombres es, sin duda, hacer obra anarquista.

Es preciso, que nadie crea a nadie. Hace falta que la iniciativa individual, ahogada por ese montón enorme de respetos, de privilegios acatados, de verdades indiscutibles, de grandes nombres y encumbradas figuras, flores, a, surja sobre la tierra potente y lozana.

La deliberación, el análisis, el criterio propio, el no rendir conformidad ni vasallaje a lo dicho o a lo hecho por otros, sin que un previo examen haga conocer su propia fuerza virtual, es lo que necesitan todos los hombres, incluso los que se llaman anarquistas y que a veces se dejan subyugar por la ley de las simpatías personales, por la fama del propagandista, por la aureola del mártir, del perseguido por la policía.

Nosotros no nos duelen las censuras, parten de donde parten.

Es a los que tienen alma de caudillo a quienes duelen y perjudican los ataques. Se les puede ahuyentar la mesnada...

Nosotros opinamos que no se debe creer ni en nosotros mismos, ni en los que nos pudieran criticar, ni en los que siempre elogian, ni en los que fustigan, ni en los que adulan a la multitud, ni en los que afectan desprenderse.

Estudiar, comparar, atender más a lo que se dice que a quien lo dice y formar juicio propio, personal, ese es el primer paso para ser libre y, por lo tanto, para ser anarquista.

Porque la primera libertad es la del cerebro, la de la mente.

El que repite siempre lo que otros sostienen no es un hombre, ni mucho menos un anarquista. Es un fonógrafo.

Hay que derrumbar ídolos y prestigios con saña, ferocemente...

Por algo somos iconoclastas.

EPSILÓN

Hacia el amor libre

II

La razón de la independencia

La unión amorosa no necesita otra sanción que la convicción de los que la realizan; pues si es comprensible que los que viven conformes con la sociedad actual busquen su aplauso, mucho más razonable es que los que no quieren seguir la rutina y están divorciados de las abyectas costumbres, de ningún modo se sometan a prácticas absurdas, que eclipsan la diáfana pureza de un amor natural nacido por

Por nuestros presos

El domingo último se celebró la reunión de delegados de sociedades obreras convocada por el Ateneo Sindicalista para iniciar en Cataluña la campaña en favor de los presos por delitos cometidos con ocasión de cuestiones sociales.

Fueron en gran número las sociedades obreras representadas, acordándose la celebración de mítins en las poblaciones más importantes de Cataluña en un mismo día.

Se nombró una Comisión organizadora de la campaña, la que se reunirá los miércoles por la noche y domingo por la tarde en la Secretaría del Ateneo Sindicalista, calle de Poniente, número 24.

La bancarrota del socialismo político

II

Decíamos que el cuerpo socialero se descompone. Las pruebas nos las facilita el Congreso de Amiens, sin otras muchas que podríamos encontrar entre los socialistas de París.

Las pasaremos por alto y más adelante veremos lo que nos dice *Adelante!*, de Valladolid, respecto a la Conjunction.

La descomposición del partido adormidera viene por culpa de sus directores. La sordida avaricia de que están impregnados les ha matado. La descomposición del socialismo llega porque tenía que llegar. Todo lo superficial, lo mismo que todo edificio sin base sólida, cae, muere por falta de elementos, de células que activen su vida.

El socialismo no tiene otra base ni otros cimientos que los que ha encontrado dentro del edificio burgués, dentro de la sociedad actual. La muerte del socialismo llegará muy en breve por su falta de lógica, de sinceridad...

El socialismo muere, como venimos diciendo, por su continuo aburguesamiento, por su descarada inclinación a defender el capital. Los socialistas han perdido, desde hace muchísimo tiempo, todo átomo de dignidad, y obran como obraría el ser más rastrero del globo.

Hipócritas los jefes que componen el citado partido, no tienen inconveniente alguno en emplear la astucia para, así, ganarse las simpatías de los incautos y arrancarles su voluntad, que está en el voto, con objeto de penetrar en el Congreso, donde pronto olvidan cuanto al pueblo prometieron por ganarse las simpatías y el aplauso de los capitalistas. La burguesía, más astuta que lo que algunos creen, sabe adular al partido socialista ofreciendo a sus representantes alguna cartera, que ellos aceptan sin remordimiento alguno.

Y no hay que dudarlo; ser ministro es dejar de ser socialista y ser diputado es dejar de ser obrero, puesto que al votar leyes o redactar reformas se convierten en tiranos. ¿Es ilógico lo que decimos? Es cierto también que, una vez en las Cámaras, los diputados socialistas—objetivo que, digan cuanto quieran, es su sueño favorito—, si llaman a votar por el aumento de la Marina, votan; si tocan a votar por el aumento de aeroplanos de guerra, votan; si por la vigilancia de la propiedad, votan; si para aumentar el sueldo a los militares graduados, votan; si porque los soldados—*rasos*— estén tres años en el cuartel en vez de dos, votan. Resumiendo: los socialistas votan por todo aquello que sea reforzar los eslabones de las cadenas que oprimen al obrero que los encumbran, y por levantar murallas para que tras ellas quede la burguesía al abrigo de los ataques de las iras populares.

Así obran hoy los socialistas, y así continuarán obrando en tanto se aproxima la total descomposición de ese corrompido partido, causa única de esa rémora en que actualmente se encuentran los esclavos.

Cuanto decimos, y cuanto diremos en lo sucesivo, es y será basándonos en la realidad de los hechos. No nos gusta juzgar sin antes observar las causas y los efectos de las cosas. Es con esta calma observadora como hemos podido comprender y analizar que el socialismo gubernamental será un día absorbido, los jefes por la burguesía y la masa por el Anarquismo y el Sindicalismo, únicas doctrinas que pueden conducir a los pueblos a la meta de sus emancipadoras aspiraciones.

NICOLÁS GUALLARTE